

Hoy como ayer, el Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja deriva su convicción de esa capacidad de conmovirse ante los sufrimientos de los otros y de rechazar su «ineluctabilidad»*.

*
* *

GESTO HUMANITARIO

Texto de referencia

Hoy es el Día Mundial de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja. Para todo el Movimiento. Para los millones de miembros y voluntarios (de los cuales, ¡90 millones son jóvenes!) de las 148 Sociedades Nacionales. Para los colaboradores y delegados de la Liga y del CICR.

Este año hay tres razones para celebrar ese Día. Dos aniversarios y una serie de «regalos de cumpleaños», al servicio de una misma causa: «proteger la vida humana».

En primer lugar, es el aniversario del nacimiento de nuestro fundador, Henry Dunant. Y con él, el de una visión, una acción y una organización.

Pero es también, y ésta es la segunda razón, el Día Mundial de 1989, año de la conmemoración del 125.º Aniversario del Primer Convenio de Ginebra de 1864 y del 40.º Aniversario de los Convenios de Ginebra de 1949.

Última y tercera razón, varios Gobiernos han anunciado hoy, en respuesta a la solicitud de la Sociedad Nacional de su país, un **Gesto Humanitario** que resalte el 125.º Aniversario del Movimiento y que ilustre, mejor que cualquier discurso, el espíritu que guía la acción de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja.

1. El año 1859, Henry Dunant se horrorizó al ver cómo estaban abandonados, en el campo de batalla de Solferino, miles de soldados que habían quedado fuera de combate y que morían a causa de sus heridas, de hambre o de sed.
¿Acaso no debemos horrorizarnos hoy ante la violencia arbitraria, inútil o

* Grabaron este mensaje:

el señor Cornelio Sommaruga, presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja (en francés, alemán e italiano);

el doctor Mario Villarroel Lander, presidente de la Liga de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja (en español);

el señor Pär Stenbäck, secretario general de la Liga de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja (en inglés);

el doctor Ahmad Abu-Gura, presidente de la Comisión Permanente de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja (en árabe).

intolerable que padecen en el mundo tantas personas y desear que cesen esos actos de crueldad, indignos de la Humanidad?

¿Acaso no debemos actuar y hacer todo lo posible por proteger la vida y aliviar los sufrimientos de todos los que, accidental o injustamente, son víctimas de desastres causados por el hombre o de catástrofes naturales?

Hoy como ayer, la convicción del Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja nace de esa capacidad de conmoverse ante los sufrimientos ajenos y de negarse a aceptar que sean inevitables.

«La guerra —decía Henry Dunant—, esa ciencia del desorden, no sólo mata el cuerpo, sino que, con demasiada frecuencia, también mata el alma. Rebaja, corrompe, mancilla, degrada... Ante ella, ante sus exigencias, no puede haber libertad, ni fraternidad, ni familia, ni amigo, ni vecino, ni siquiera conciencia». Y proseguía:

«El enemigo, nuestro verdadero enemigo, no es la nación vecina; es el hambre, el frío, la miseria, la ignorancia, la rutina, la superstición, los prejuicios» (tomado de *L'Avenir sanglant*, de Henry Dunant).

El Movimiento de Henry Dunant se ha convertido en la institución humanitaria más importante del mundo. Todos sus miembros tienen un objetivo común: prestar asistencia a los que sufren, independientemente de su nacionalidad, raza, condición social, religión o credo político.

Las Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja imparten cursos de primeros auxilios en todo el mundo. Enarbolando su bandera, símbolo de neutralidad, los miembros del Movimiento están presentes en todos los puntos candentes de este mundo afectados por conflictos. Están siempre entre los primeros en llegar al lugar, ya se trate de un terremoto, de una inundación, de un conflicto o de una situación de hambruna.

Los delegados del Comité Internacional de la Cruz Roja protegen, en diversas partes del mundo, a los prisioneros de guerra y a los detenidos de seguridad. Socorren a las víctimas civiles de los conflictos, les prestan protección y asistencia médica, hacen todo lo posible por reunir a los familiares separados por los acontecimientos. Por último, se esfuerzan porque los combatientes comprendan y acepten las normas del derecho internacional humanitario.

Cuando ocurre una catástrofe, los delegados de la Liga de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja acuden inmediatamente al lugar de los hechos para socorrer a las víctimas.

En todo el mundo, los voluntarios y el personal del Movimiento asisten a los que lo han perdido todo, incluso su país, y actúan a veces poniendo en peligro su vida. Protegen a los niños de los efectos de la desertificación, plantando árboles y excavando pozos. Protegen también a las víctimas del SIDA de la hostilidad de una sociedad que tiende a excluirlos.

Henry Dunant soñaba con un Movimiento universal y neutral que agrupara a hombres y mujeres abnegados que «intervinieran en cualquier momento y lugar», siempre que fuere necesario.

Ciento veinticinco años más tarde, la organización que soñaba es una realidad. Pero, en todo el mundo, la necesidad de proteger la vida humana es mayor que nunca.

2. Abordemos ahora la segunda razón que, este año, da a ese Día Mundial un significado particular.

Pronto se cumplirán 125 años de la *firma*, el 22 de agosto de 1864, *del Primer Convenio de Ginebra*. Al suscribir ese decisivo compromiso en pro de un mundo más humano, los Gobiernos, garantizaron, por primera vez, la protección de las víctimas en los campos de batalla.

Hoy como ayer, la eficacia de la cadena de solidaridad, de amor y de comprensión de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja depende del apoyo y de la colaboración de los Estados, que se unieron en favor de la Humanidad y se comprometieron a proteger la vida humana mediante el más universal de los tratados.

Ante la perspectiva del año 2000, la solución de los grandes problemas de nuestra época es inseparable del respeto de los valores universales en los que se funda la acción humanitaria. Ya se trate de proteger la vida humana o de aliviar los sufrimientos, de luchar contra la hambruna y la enfermedad o de promover la moderación y la cooperación, no se logrará progreso alguno duradero si no va acompañado de medidas que salvaguarden la vida y la dignidad de todo ser humano.

Pero hay que luchar por que esta conciencia y este nuevo realismo predomine y genere una conversión de las energías y de las voluntades; por que se manifieste claramente esta convergencia entre los intereses de todos los órdenes y los valores humanos de toda civilización; por que predomine una nueva actitud, basada no sólo en la justificación moral y en la urgencia de una acción humanitaria, sino también en su oportunidad y en su necesidad.

No cabe duda de que sigue predominando la tendencia a relegar lo humanitario al ámbito de lo accesorio, invocando imperativos políticos inmediatos. Observamos diariamente que los hechos contradicen los principios. No obstante, el cese de las hostilidades y la apertura de negociaciones en numerosas regiones en conflicto, así como los progresos realizados en el ámbito del desarme y de los derechos humanos, son signos favorables a la recuperación de la iniciativa y de la ofensiva humanitarias.

No es vana, por lo tanto, la voluntad de diálogo, de reconciliación y de paz; la acción de las Naciones Unidas, la distensión y la cooperación entre las grandes potencias, la búsqueda de una solución pacífica de los conflictos,

ya han logrado infundir esperanzas y ánimo a pueblos enteros, aliviar su sufrimiento y salvar vidas.

Estos hechos no nos conducen ni a un optimismo fácil ni a un pesimismo derrotista.

Durante 125 años, se ha demostrado que los ideales humanitarios no son quimeras. Con la colaboración y el apoyo de los Estados Partes en los Convenios de Ginebra, la acción humanitaria de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja ha permitido salvar de la muerte, del menosprecio y del olvido a millones de víctimas.

Pero ¿cuántos hombres, mujeres y niños esperan hoy, en todo el mundo, la protección y la asistencia a las que tienen derecho?

¿Cuántos hacen ese llamamiento desde lo más profundo de su desamparo y soledad? Decenas, cientos de miles.

Ningún ser humano, ningún Gobierno, puede ni debe permanecer sordo a esos llamamientos e insensible al sufrimiento de tantas víctimas. Pero, para ello, debe haber una movilización humanitaria de todas las fuerzas vivas, que tenga por finalidad:

- inculcar el «reflejo humanitario» en la conciencia de los dirigentes políticos;
- reforzar las corrientes de opinión favorables al respeto de los principios humanitarios;
- dar a conocer la eficacia y la imparcialidad de nuestra acción al servicio de todas las víctimas, a fin de incrementar la libertad y los medios de acción del Movimiento.

Esta movilización humanitaria, acción persuasiva de todos los instantes y objetivo prioritario del Movimiento para el próximo decenio, debe lograr la adhesión de los Estados y de la opinión pública a los ideales y principios de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja.

Este Día Mundial debe contribuir a lograr ese objetivo, y sentar las bases de un nuevo compromiso, al que serán invitados los Estados con motivo de las ceremonias que conmemorarán, en Berna, el aniversario de los Convenios de Ginebra, el 22 de agosto de 1989, y, en Nueva York, el 13 de octubre de 1989, al margen de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

3. Pero existe una tercera dimensión, la más inmediata y la más concreta, que el Movimiento ha querido dar a este Día Mundial y que responde precisamente a esa voluntad de **movilización humanitaria**.

Hemos deseado que los Estados en los que haya una Sociedad Nacional de la Cruz Roja o de la Media Luna Roja celebren el 125.º Aniversario no sólo mediante la expresión de sus mejores deseos, sino también mediante un esfuerzo especial —ni exorbitante, ni necesariamente espectacular— que favorezca la acción permanente del Movimiento y sirva así, directa o indirectamente,

tamente, para proteger, para socorrer, para mejorar la suerte que corren las personas menesterosas, desalentadas u olvidadas.

Esta es la solicitud que numerosas Sociedades Nacionales han hecho a su Gobierno, con la esperanza de suscitar en los cinco continentes una serie de gestos humanitarios, eco del gesto humanitario de Henry Dunant.

Ese llamamiento ha sido escuchado. En efecto, según las informaciones que nos han comunicado las Sociedades Nacionales y, en algunos países, las propias autoridades, numerosos Gobiernos han decidido hacer un gesto humanitario para resaltar el 125.^o Aniversario del Movimiento.

Como podrán comprobar al leer el documento que se les ha distribuido, esos gestos de los Gobiernos son, en su mayoría, medidas muy concretas: medidas en favor de personas refugiadas o desplazadas, de familiares separados o de personas detenidas; medidas financieras y administrativas en favor de las Sociedades Nacionales, medidas educativas para promover la difusión de los principios y del derecho internacional humanitario, medidas legislativas, como la ratificación de los Protocolos adicionales o la aprobación de una ley de protección del emblema.

Estos gestos humanitarios —regalos de cumpleaños de cada Estado a la Sociedad Nacional, mensajes de compasión y de conciliación— señalan de forma muy especial 125 años de solidaridad con las víctimas de conflictos y de catástrofes, 125 años de fidelidad a nuestros Principios Fundamentales y de unidad por encima de las fronteras y de las diferencias.

Por esa razón, esos gestos humanitarios se inscribirán en el Libro de Oro, abierto desde hace unos días para su firma por los representantes de los Estados.

Es probable que, en un futuro próximo, se anuncien otros gestos humanitarios. Confiamos en que muchos Estados aprovechen esta oportunidad y añadan una nueva página al Libro de Oro, que permanecerá abierto a la firma hasta el 22 de agosto de 1989.

Todo gesto humanitario contribuye a forjar un espíritu de ayuda mutua, de entendimiento y de cooperación. Al puño amenazador, opone la mano tendida, y logra establecer, en miedo de la violencia y de la catástrofe, un vínculo de confianza y de fraternidad.

Todo gesto humanitario contribuye a promover un espíritu de paz, porque no se apoya en la dominación y en el medio, sino en el respeto de la persona humana: demuestra que, ante el sufrimiento, los hombres pueden dejar de ser enemigos o indiferentes, y socorrer a sus semejantes.

Los gestos humanitarios anunciados hoy suscitan otros. Todos contribuirán a establecer un clima de confianza, a la movilización necesaria para hacer frente a las urgencias humanitarias y a la construcción de un mundo más fraternal, más justo y más pacífico.